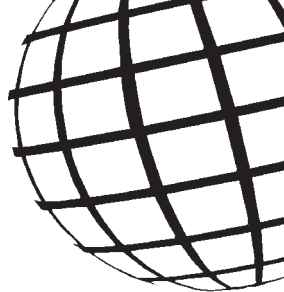


La Filosofía de la bomba. **Los fundamentos teóricos de la acción terrorista**



Patricia Kreibohm*

Introducción

Indudablemente, el terrorismo configura un problema en el más estricto sentido del término; un problema *turbio y muy poco noble* en el que los interrogantes exceden a las respuestas, las polémicas a los acuerdos y las confusiones a las certezas.¹

Desde el punto de vista teórico, no existen –hasta la fecha– ni definiciones consensuadas ni teorías generales que puedan explicar el fenómeno. Tampoco se han registrado progresos sustanciales en el nivel metodológico, cuyos logros han sido más bien escasos e inconsistentes. Asimismo –en la mayoría de los casos– las diferencias ideológicas y/o políticas de quienes lo analizan han prevalecido por sobre las precisiones científicas, restando valor y objetividad a los resultados obtenidos. Estas limitaciones han incidido directamente sobre la praxis. De hecho, en el plano internacional, no existen acuerdos que permitan fortalecer la capacidad de los Estados para responder a sus ataques; que contribuyan a coordinar y a concentrar los esfuerzos anti y contra-terroristas y que faciliten el hallazgo de soluciones efectivas. Una situación que –según los expertos– ha desencadenado una sensación de “*impotencia generalizada*”, la cual no se corresponde con los progresos que –en las últimas décadas– han venido realizando las organizaciones terroristas, las cuales han incrementado sistemáticamente su capacidad destructiva, han mejorado sus recursos técnicos, logísticos y operativos y han encontrado nuevas y variadas formas de desplegar el terror.

Ahora bien, ante la necesidad de identificar y caracterizar al fenómeno, tomaremos en cuenta la definición de Rafael Calduch para quien el terrorismo es:

“Una estrategia de relación política basada en el uso de la violencia y de las amenazas de violencia por un grupo organizado, con objeto de inducir un

* Directora y Profesora de la Maestría en Relaciones Internacionales. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (U.N.T.); Profesora Invitada Maestría del IRI. UNLP.; Profesora Titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales. UNSTA; Secretaria del CoFEI.

¹ Wilkinson, Paul. *Terrorismo político*. Felmar, Madrid, 1976. Pp. 34.

sentimiento de terror o inseguridad extrema en una colectividad humana no beligerante y facilitar así el logro de sus demandas.”²

El terrorismo constituye una estrategia de violencia política, llevada a cabo por grupos organizados y entrenados, cuya metodología –basada en la violencia y la amenaza de violencia tanto física como simbólica– incluye diversas tácticas y supone la implementación de sistemas logísticos y operativos sumamente específicos. Dicha estrategia ha sido empleada desde la antigüedad por grupos de diversa índole; grupos que actuaron en distintos contextos y cuyas metas fueron profundamente diferentes.

En otras palabras, el terrorismo constituye una estrategia de violencia política, llevada a cabo por grupos organizados y entrenados, cuya metodología –basada en la violencia y la amenaza de violencia tanto física como simbólica– incluye diversas tácticas y supone la implementación de sistemas logísticos y operativos sumamente específicos. Dicha estrategia ha sido empleada desde la antigüedad por grupos de diversa índole; grupos que actuaron en distintos contextos y cuyas metas fueron profundamente diferentes. En realidad, más que hablar de terrorismo, deberíamos hablar de terrorismos: el civil y el de Estado, el subversivo y el represivo, el de izquierda y el de derecha, el nacional y el internacional. Concretamente, el terrorismo subversivo –es decir, el que practican las organizaciones que se oponen al poder constituido– moldeó sus ideas y sus tácticas en Europa y en Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX.

Indudablemente, dentro de esta categoría es posible insertar una gran variedad de organizaciones, las cuales –a lo largo del tiempo y del espacio– recurrieron a esta forma de violencia a los efectos de alcanzar sus objetivos específicos; objetivos articulados en función de sus modelos ideológicos y de sus convicciones políticas. En este sentido, las manifestaciones del terrorismo subversivo han sido –a lo largo de los tiempos– sumamente variadas y han abarcado el amplio arco de las ideologías: de extrema derecha o de extrema izquierda, nacionalistas, separatistas o integristas, siempre han sido el instrumento a través del cual distintas organizaciones expresaron sus demandas, sus advertencias o sus castigos.

Ahora bien: sean cuales sean las ideas y doctrinas sostenidas por la organización y sean cuales fueren sus objetivos y metas específicas, todas las acciones terroristas comparten un fundamento filosófico general; un fundamento en base al cual se pretende legitimar y dotar de sentido a sus actos; cimentar y reforzar las actividades, moldear sus métodos operativos y potenciar la convicción de sus actores. Dicha filosofía no es nueva; empezó a deli-

² Calduch Cervera, Rafael. *Dinámica de la Sociedad Internacional*. Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 1993. Pp. 327.

nearse en el siglo XIX y evolucionó en función de una serie de contribuciones –teóricas y prácticas– proporcionadas por intelectuales y militantes de distintos países, épocas y contextos.

El objetivo central de este trabajo es examinar los fundamentos esenciales de la “*filosofía terrorista*”; es decir, el núcleo duro del pensamiento que anima a los miembros de estas organizaciones y que subyace a sus convicciones políticas específicas, a sus demandas y reivindicaciones, a sus ideologías y doctrinas. En otras palabras, se trata de internarnos en los mecanismos que condicionan la convicción de sus actores de que el terrorismo es *una forma de lucha, tan válida como cualquier otra*.

Este artículo se elaboró a partir de fuentes documentales. En cuanto a la contribución del planteo, entendemos que este enfoque puede ser útil para profundizar en la cuestión de la justificación del uso de la estrategia terrorista; una justificación que nos conduce a reflexionar sobre el problema de su legitimidad. De hecho, la legitimidad del terrorismo constituye un tema especialmente importante, no solo para los teóricos, sino para los propios terroristas, quienes necesitan sostener –de manera constante– sus certezas en el plano operativo. En definitiva, se trata de examinar el problema del terrorismo desde otra perspectiva de interpretación; una perspectiva más polémica y menos tradicional pero igualmente significativa.

En primer término –y en función de la significación que el contexto histórico tiene en este caso– haremos referencia, brevemente, a la situación de Europa y de Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX. A continuación, analizaremos los contenidos y los sustentos de esta *Filosofía de la bomba*.

I. Europa durante la segunda mitad del Siglo XIX

Durante esta etapa, la civilización europea alcanzó un punto culminante en su desarrollo económico, científico, tecnológico y cultural, que se expresó a través de las brillantes contribuciones que desembocarían en el movimiento de la Belle Époque. La Segunda Revolución Industrial –que fortaleció el desarrollo de la metalurgia, de la química, la siderurgia y los explosivos– estimuló también los progresos en la agricultura, el comercio y la producción de una forma que el mundo jamás había conocido. Todos estos cambios impactaron sobre los procesos biológicos humanos: disminuyó la mortandad y aumentó

... sean cuales sean las ideas y doctrinas sostenidas por la organización y sean cuales fueren sus objetivos y metas específicas, todas las acciones terroristas comparten un fundamento filosófico general; un fundamento en base al cual se pretende legitimar y dotar de sentido a sus actos; cimentar y reforzar las actividades, moldear sus métodos operativos y potenciar la convicción de sus actores. Dicha filosofía no es nueva; empezó a delinearse en el siglo XIX y evolucionó en función de una serie de contribuciones –teóricas y prácticas– proporcionadas por intelectuales y militantes de distintos países, épocas y contextos.

la natalidad, lo que redundó en un constante incremento de la población; una población que profundizó su movilidad y su dinamismo. Así, tanto las migraciones como el éxodo rural fortalecieron los procesos de urbanización. Unido a ello, el progreso de las comunicaciones y la revolución de los transportes acortaron los tiempos y las distancias, modificando sustancialmente las formas de vida, las costumbres y los modos de pensar. Así, en este período, se dio inicio a lo que Olivier Hubac Occhipinti ha identificado como: *el capitalismo contemporáneo*.³

Estas transformaciones fomentaron los avances de la democratización, que permitió a los nuevos grupos sociales plantear sus demandas y reclamar una participación más activa en la vida política de las grandes potencias.⁴ Los nuevos partidos políticos –radicales y socialistas– exigieron mejores repartos de la riqueza y denunciaron los atropellos que los sectores más tradicionales –aristocráticos u oligárquicos– practicaban contra los trabajadores y los grupos más desprotegidos de la sociedad.⁵ En esto colaboró sustancialmente la prensa, que ayudó a construir una opinión pública que empezó a tener peso propio y a influir en los cambios de la vida social. En esta *era de las reformas*, muchos gobiernos se vieron obligados a modificar las bases de su sistema de poder.

Por otra parte, las ideologías se fortalecieron y se convirtieron en fuentes dinamizadoras de nuevas acciones y convicciones. Así, por ejemplo, el nacionalismo de la primera mitad del siglo se transformó, haciéndose más duro y agresivo; se popularizó en Estados y sociedades y terminó configurando una poderosa fuerza impulsora de nuevas políticas, cuya expansión desestabilizaría sensiblemente el sistema internacional. Los gobiernos se tornaron *más susceptibles, más irritables, más ambiciosos*. En cuanto a los progresos del socialismo y del anarquismo, fueron importantes y despertaron grandes simpatías entre muchos grupos populares nuevos, nacidos de la Segunda Revolución Industrial. Dichos progresos atemorizaron a muchos gobiernos que intentaron frenar sus avances y desarticular sus organizaciones.⁶ El marxismo obtuvo su mayor éxito en Rusia, donde se constituiría en

³ Hubac Occhipinti, Olivier. “Les terroristes anarchistes du XIX siècle”. En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud (Direct), *Histoire de Terrorisme*. Bayard. Paris. 2004, pp. 126 - 127.

⁴ En este proceso contribuyó, notablemente, el progreso de la instrucción que se hizo ya obligatoria en muchos países. Duroselle, J. P. Op. Cit. Pp. 59.

⁵ Este proceso se dio con bastante tranquilidad en la mayoría de los Estados, salvo en el caso ruso, donde la rigidez de la autocracia zarista impidió todo avance en este sentido.

⁶ Como sabemos, el socialismo se configuró como una corriente de pensamiento –cuyos orígenes “utópicos” se sitúan a mediados del siglo– que buscaba un modelo social ideal, justo y equitativo que transformara la estructura política y socio-económica de los Estados. No sería posible exponer aquí la teoría de Marx ni desarrollar sus análisis sociológicos y económicos; tan solo diremos que su influencia fue absolutamente decisiva sobre una enorme cantidad de grupos y partidos que abrazaron su teoría con la fuerza de una religión y creyeron en su necesidad más allá de cualquier crítica. El socialismo se expandió por toda Europa y se enraizó en la estructuración de los movimientos obreros con gran celeridad.

el eje ideológico del movimiento revolucionario que habría de concretarse durante el año 1917.⁷

Ahora bien: hacia 1880 el panorama de la política internacional empezó a complicarse y Europa ingresó en un clima de incertidumbre. El endurecimiento de las alianzas durante *la Paz Armada* estuvo fuertemente signado por las tensiones hegemónicas e imperialistas, las crisis diplomáticas y militares y los conflictos entre las grandes potencias. En este período, los Estados desarrollaron una actividad intensa y constante que transformó la estructura de la vida internacional. Las cancillerías trabajaron arduamente, componiendo nuevas redes interactivas destinadas a fortalecer a unos y a debilitar —o a aislar— a otros. Las relaciones de cooperación y de conflicto se entrelazaron de manera compleja, modelando un esquema de alianzas para una hipotética guerra. Dichas tensiones desgastaron los vínculos entre las potencias, contribuyendo a enrarecer la atmósfera general y a sensibilizar las emociones colectivas de los pueblos de la época. Así, las crisis coloniales —o de tipo balcánico— se multiplicaron, dando muestras de la aceleración de este proceso de descomposición. Paulatinamente, los Estados líderes alcanzaron un punto de inflexión que solo habría de resolverse por la vía de la fuerza. Los temores por la seguridad y la preservación de los intereses vitales se convirtieron en prioridades nacionales y derivaron en el militarismo y en el armamentismo que fueron apoyados por amplios sectores de la opinión pública de cada nación. Por su parte, la crisis de los imperios —otomano y austro-húngaro— incrementaron las fricciones nacionales y regionales, las cuales se agravaron por la pugna de los intereses estratégicos, económicos y políticos. Entre 1904 y 1914, las fuerzas conflictivas maduraron lo suficiente como para conducir al estallido de la Gran Guerra.

Hasta ese momento, Europa se veía a sí misma como *un mundo civilizado* que transfería conocimiento, experiencia y valores al *mundo atrasado*. Indudablemente, los europeos tenían clara conciencia de su grado de civilización y estaban enormemente orgullosos de ella; simplemente, creían merecerlo como un bien adquirido después de tantos siglos de progreso. En efecto, como sostiene Jean Baptiste Duroselle, los europeos se consideraban la rama más avanzada de la humanidad en las áreas más importantes del esfuerzo y la capacidad humanas y suponían que el resto del mundo debía reconocerlo así.⁸

I. 1. El caso ruso

En cuanto a Rusia, la autocracia zarista configuraba un modelo de rigidez institucional único, que no alcanzaba a romper sus propios límites y desgastaba sistemáticamente la estructura de poder y las capacidades operativas

⁷ Allí existían diversas tendencias, algunas de ellas favorables al terrorismo.

⁸ Duroselle, Jean Baptiste. *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*. Labor, Barcelona 1971.

de sus gobernantes, más allá de sus intenciones de transformación. Efectivamente, *la maquinaria estatal impuesta a los súbditos* iba más allá de la voluntad de algunos monarcas y su funcionamiento deterioraba, a pasos agigantados, las relaciones entre gobernantes y gobernados.⁹ En otras palabras, una crisis de representatividad corroía al sistema y nada parecía poder frenar semejante descalabro.

Durante el gobierno de Alejandro III –1881-1894– el sistema se endureció; se incrementó la represión, al igual que las persecuciones a los judíos y la rusificación sistemática de la población.¹⁰ Sin embargo, estas acciones no afectaron la tradicional tendencia histórica y Rusia siguió formando parte de la *civilización europea*.

También durante estos años el país inició un proceso de transformación económica que aceleró la implantación del capitalismo: el capital europeo, los inicios de las manufacturas, las transformaciones de infraestructura –transportes, comunicaciones, energía– y las innovaciones tecnológicas, tuvieron entonces un papel significativo. Como es lógico, esto produjo cambios sociales importantes: el incentivo del desarrollo de la burguesía comercial, fabril y profesional –bastante débil– y el incremento del incipiente proletariado urbano, que afrontaba durísimas condiciones laborales, fueron sus notas más características.¹¹ Sin embargo, este panorama no debe inducir al error. Rusia seguía siendo fundamentalmente agrícola y el grueso de sus riquezas provenía de esta actividad. El campesinado –que vivía en torno al *Mir* y estaba siempre *hambriento de tierra*– representaba las 4/5 partes de la población y soportaba la carga económica más pesada dentro del sistema estatal.¹² De hecho, sus condiciones de vida lo habían convertido en la prin-

⁹ Alejandro II intentó aligerar el sistema autocrático y ampliar el sistema de libertades públicas: abolió la policía secreta, favoreció la libertad de prensa y propuso la constitución de comisiones nacionales elegidas por el pueblo para que conformaran un Consejo de Estado que asesorara al zar. El día que firmó este decreto –13 de marzo de 1881– fue asesinado por una bomba en un atentado cuidadosamente preparado por el grupo Narodnaya Volya. Palmer, R. y Colton, J. *Historia Contemporánea*, Madrid, Akal, 1980. Pp. 286-287.

¹⁰ Polacos, ucranianos, lituanos, caucásicos y alemanes fueron obligados por la fuerza a incorporarse a un programa de asimilación a la cultura rusa. Las ideas occidentales fueron desterradas y se consagró la pertenencia popular a la Santa Rusia, una comunidad político-religiosa que protegería a sus fieles de los males foráneos. Palmer y Colton. Op. Cit., pp. 467. Por su parte, Duroselle destaca la ampliación de poderes conferidos a la policía y los funcionarios, el aumento de la censura a la prensa y del control que el gobierno ejercía sobre su sistema burocrático y sobre los profesionales libres. Las débiles autonomías locales prácticamente se extinguieron y la rusificación progresó por doquier. Duroselle, J. P. Op. Cit. Pp. 63.

¹¹ Los gremios y sindicatos eran ilegales y las huelgas estaban prohibidas. Sin embargo, en 1890, una huelga general llamó la atención de los observadores por el tenor de los reclamos obreros. La industria rusa era sumamente concentrada, lo cual facilitaba la organización y la politización de sus trabajadores. Esto originó, a su vez, la formación del partido liberal burgués Kadet, concebido como un partido democrático constitucional cuyo objetivo era crear un Parlamento para controlar la política del Estado. Palmer y Colton. Op. Cit., pág. 468.

¹² Según los mismos autores, fue la agricultura rusa y sus campesinos quienes financiaron con su esfuerzo económico y laboral, el proceso de industrialización general. Pág. 469.

cipal fuente de la inquietud revolucionaria desde la época de los levantamientos de Pugachev.¹³

Simultáneamente, la vida urbana y el acceso a las universidades habían dado origen a una *intelligentzia revolucionaria* que aspiraba –desde la época de los decembristas– al derrocamiento del zarismo. Las organizaciones secretas habían proliferado considerablemente, y en ellas se discutían apasionadamente las nuevas ideas marxistas y anarquistas. En su mayoría, sus miembros eran populistas que provenían de organizaciones extinguidas, como Narodnaya Volia; algunos aprobaban el terrorismo y otros creían en el levantamiento de las masas. En general, todos tenían una fe casi mística en el poder del pueblo ruso, admiraban el *Mir*, no creían en el capitalismo y –en cambio– eran partidarios de llevar a cabo una revolución socialista y popular que acabara con las angustias del campo y las ciudades. Del seno de estas organizaciones nació en Suiza, en 1883, el Partido Social Demócrata Ruso, al que se unieron un poco más tarde tres figuras clave: Lenin, Trotsky y Stalin. En 1890 se fundó el Partido Social Revolucionario y en 1898 los marxistas rusos fundaron el Partido Social Demócrata del Trabajo, cuyo objetivo era llevar a cabo una revolución internacional de las masas que expresara cabalmente la dialéctica histórica de su padre intelectual, Karl Marx. Desaprobaban el terrorismo y el asesinato político y, en cierto sentido, fueron considerados menos peligrosos por la policía zarista. En 1903 se celebró un congreso del Partido Socialista Revolucionario en Londres al que asistieron distintos representantes del marxismo ruso.¹⁴ Su objetivo era unificar el movimiento y buscar los métodos adecuados para arribar a la ansiada revolución. Sin embargo, el resultado fue absolutamente opuesto y en esta reunión, la unidad del marxismo ruso se rompió para siempre. *Bolcheviques* y *Mencheviques* habrían de enfrentarse, a partir de entonces, como verdaderos adversarios.¹⁵

En 1894 ascendió al trono Nicolás II, quien parecía no percibir ni el creciente descontento popular ni el incremento del fervor revolucionario; por el contrario, creía firmemente en la autocracia, la ortodoxia religiosa y el poder del nacionalismo. Ni siquiera la bochornosa derrota frente a Japón –que demostró palmariamente la incompetencia del Estado y del ejército– pudo convencer al monarca de que la situación se complicaba irremediablemente.¹⁶ Así, en 1905, miles de obreros y de *campesinos recientemente trans-*

¹³ Pugachev llevó a cabo una serie de revueltas y levantamientos campesinos. Los más importantes datan de 1773.

¹⁴ Estos partidos funcionaban como ámbitos de discusión, como agencias de propaganda y como difusores de la actividad revolucionaria. Trabajaban en la clandestinidad y eran vigilados constantemente por la policía del zar.

¹⁵ Las diferencias entre ambos estaban dadas, sobre todo, por cuestiones tácticas y metodológicas; sin embargo, fueron lo suficientemente sustanciales como para impedir cualquier acercamiento de las partes. Aquí es importante analizar la concepción que Lenin tenía del partido, de la revolución y del papel de las masas en el proceso revolucionario. Giner, Salvador. *Historia del pensamiento social*. Ariel, Barcelona, 1997. Pp. 559-564.

¹⁶ Según Duroselle, la derrota rusa debilitó sensiblemente al ejército y restó importancia a la

plantados a la ciudad, redactaron una solicitud para presentársela al zar. Las consecuencias del *domingo sangriento* son demasiado conocidas como para analizarlas aquí; solo digamos que esta experiencia rompió definitivamente los lazos entre el zar y el pueblo y transformó la imagen de la autocracia, la cual fue percibida desde entonces como una hidra perversa a la que era

Para que el terror se convierta en terrorismo, es vital que sus usuarios crean profundamente en su utilidad o necesidad. En otras palabras, debe existir algún tipo de filosofía o de doctrina que es adoptada consciente y deliberadamente por un grupo como medio para obtener un objetivo.

necesario eliminar. Las huelgas, la formación de los *soviets*, los levantamientos campesinos y el fortalecimiento de los grupos revolucionarios y de la represión estatal, completaron un cuadro verdaderamente caótico que ni el Manifiesto de Octubre, ni la creación de la Duma y el relativo éxito de las reformas de Stolypin, lograron desvanecer.¹⁷

Entre 1906 y 1912 el terrorismo se incrementó nuevamente; una docena de funcionarios, policías y miembros de la estructura de poder fueron asesinados en distintas circunstancias, sin que el aparato estatal pudiera desarticular sus acciones.

En 1912 Lenin fundó el Partido Bolchevique, cuyo órgano de difusión era el periódico *Pravda*, de San Petersburgo. En 1914, la Primera Guerra Mundial sometió al zarismo a una última prueba; una prueba que el sistema no pudo resistir y que acabó con la monarquía despótica de los zares. Sin embargo, este acontecimiento histórico —en el que se habían depo-

sitado tantas ilusiones— no hizo más que conducir al pueblo ruso a una nueva tiranía: la del comunismo soviético, creado por Lenin y llevado a su máxima expresión con el terrorismo de Estado de Joseph Stalin.

II. Los pilares de la filosofía terrorista

Para Charles Townshed, lo primordial es considerar que el terrorismo implica, sobre todo, el uso sistemático de la violencia y el terror por parte de personas armadas, a fin de inspirar miedo a personas desarmadas, en la creencia de que esto dará frutos políticos.¹⁸ El autor señala también dos cuestiones importantes: a) la acción terrorista es fundamentalmente simbólica.¹⁹ b)

alianza con Francia, lo cual constituyó un incentivo para que Alemania intentara sacar provecho de esta circunstancia. Duroselle. J. P. Op. Cit. Pp 53.

¹⁷ En este Manifiesto el zar prometía dar una constitución, garantizar las libertades civiles y conformar un cuerpo democrático representativo que tendría atribuciones legislativas y administrativas. En 1911 el ministro Stolypin fue asesinado en un teatro de Kiev, en presencia del zar y la zarina. Palmer y Colton, Op. Cit. Pp. 478-481.

¹⁸ Cf: Townshend. Charles. "El proceso del terror en política irlandesa". En: O'Sullivan, Noel. *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza, Madrid, 1986. Pp. 117-119.

¹⁹ Entendemos el término simbólico en el sentido que le da Ernst Cassirer: "El símbolo representa algo, es equivoco y solo necesario cuando el concepto ya no basta. No solo tiene función

Para que el terror se convierta en terrorismo, es vital que sus usuarios creen profundamente en su utilidad o necesidad. En otras palabras, debe existir algún tipo de *filosofía* o de *doctrina* que es adoptada consciente y deliberadamente por un grupo como medio para obtener un objetivo.

Esto obedece a que –en el terrorismo– la acción violenta desempeña un rol crítico y preponderante pues constituye el método primario para arribar a los objetivos propuestos y para eliminar la barrera entre los dirigentes y sus seguidores.²⁰ A través de ella –se dice– el intelectual podrá dejar de ser un simple crítico y un espectador, una persona dominada por las palabras y las ideas.

*“Así, el intelectual dejará de ser un Hamlet y podrá unirse al mundo real de los trabajadores y sufrientes, o mejor aún, conducirá a los oprimidos entregándoles un ejemplo de activismo apasionado. Los intelectuales –que se consideran mentes en busca de un cuerpo– imaginan a las masas como cuerpos en busca de esa mente”.*²¹

En este sentido, coincidimos con el autor pues, en el estudio de la estrategia terrorista, la acción representa el instrumento clave a partir del cual pueden dilucidarse una serie de problemas específicos: la gestación y la naturaleza del fenómeno, su lógica y su dinámica operativa; las dificultades de su interpretación, su tipificación, etc. Sin embargo, y a los efectos de no desviarnos de nuestro foco analítico, nos concentraremos en examinar los *fundamentos filosóficos* de dichas acciones. En otras palabras, se trata de indagar en las razones que contribuyeron a habilitar y a legitimar el empleo de la estrategia y a fortalecer la convicción de los miembros de las organizaciones. Desde nuestra perspectiva, esta filosofía configura un basamento doctrinal que subyace al ideario político del grupo y que actúa como un entramado argumentativo –no explícito– que justifica, legitima y otorga sentido a sus actos. Dicha filosofía es compartida por todas las organizacio-

Esto obedece a que –en el terrorismo– la acción violenta desempeña un rol crítico y preponderante pues constituye el método primario para arribar a los objetivos propuestos y para eliminar la barrera entre los dirigentes y sus seguidores. A través de ella –se dice– el intelectual podrá dejar de ser un simple crítico y un espectador, una persona dominada por las palabras y las ideas.

comunicativa sino también función significativa”. Bergengruen, Werner. Esencia y significado de los símbolos. Pp. 19-21.

²⁰ Lo central en el pensamiento de la mayoría de los terroristas, es la estrategia del *vanguardismo violento* que considera a sus actos como *palancas* que pueden movilizar a la sociedad en la dirección deseada. Cf. Rubenstein, Richard. *Alquimistas de la Revolución. El Terrorismo en el mundo moderno*. Granica, Barcelona, 1988, pág. 129.

²¹ Cf: Wiewiorka, Michel. *El terrorismo. La violencia política en el mundo*. Plaza y Janés. Barcelona, 1991, pág. 87.

nes que practican esta estrategia; se gestó a lo largo del tiempo y del espacio y se nutrió, tanto de elementos teóricos como de las experiencias vividas por sus actores. Se articuló durante la segunda mitad del S.XIX y fue consolidada por los anarquistas europeos y los socialistas rusos, quienes la divulgaron a través de una serie de escritos y proclamas que se expandieron por Europa Central, Europa Occidental e, incluso, el norte de América.

II.1. El terrorismo es una respuesta necesaria

Para la mayoría de los activistas, el terrorismo configura una *última ratio* frente a la crueldad de los gobernantes, quienes *han hecho insoportable la vida del pueblo*. Como sostiene Karl Heinzen:

*“Si es asesinato es siempre un crimen, entonces está prohibido para todos; si no lo es, está permitido para todos. Una simple lógica que nos conduce a una primera conclusión: nosotros no deseamos cometer ningún asesinato, pero si nuestros enemigos no tienen la misma posición, si ellos pueden justificar el asesinato y otorgarse el privilegio de matar, la necesidad nos fuerza a hacer lo mismo.”*²²

Desde esta perspectiva, el acto terrorista no es una agresión —y mucho menos un delito—, sino la reacción a una situación creada por el sistema de poder. Dentro de esta lógica, los terroristas no hacen más que defenderse de la brutalidad del Estado. Es “la fuerza de las cosas”, la desesperación, el verdadero motor que los impulsa.

Así lo entiende Richard Rubenstein, para quien el terrorista es un individuo azuzado por la esperanza y la desesperación; una combinación de emociones que lo llevan a cometer actos de violencia en lo que él identifica como la defensa y el beneficio de todos. De hecho, la esperanza los empuja a seguir adelante al precio que sea y la desesperación los obliga —casi siempre— a seguir solos.²³ En otras palabras, atacan al Estado porque han perdido la fe en la capacidad de las masas para actuar en su propio beneficio. En este marco, la violencia pretende ser un gesto noble, una forma de demostrar su honor y el único modo de alcanzar la transformación social. En coincidencia con el autor, digamos que los terroristas son intelectuales ambiciosos, para quienes el fracaso es absolutamente vital; es por ello que sus acciones —como los actos de fe religiosa— solo se detienen si pierden la fuerza que les imprime su desesperación. Ya Dostoyevski lo

²² “Manifestes, discours et théorie (I)”. Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud (Direct) *Histoire de Terrorisme*. Bayard. Paris. 2004 Pp. 511 - 513

²³ Estas hipótesis ya están presentes en muchos pensadores de relevancia que definieron una “filosofía de la violencia” según la cual, la lucha armada —asociada a una causa real o mítica— es el centro de la preocupación teórica y práctica de los actores. Debemos ser intelectuales y violentos, declaraba Charles Maurras a principios de siglo. Rubenstein, R. Op. Cit. Pp. 161-164.

expresaba muy claramente al señalar que *los terroristas son personas poseídas por ideas*.

*“Y es que la crueldad del gobierno ha engendrado la crueldad del pueblo, tornándola necesaria y hasta natural. Sin embargo, entre esas dos crueldades existe una gran diferencia: la primera tiene por objeto la destrucción completa del pueblo en tanto que la segunda aspira a liberarlo... La paciencia del pueblo ha llegado al límite.”*²⁴

Por su parte, Karl Heinzen –un republicado alemán incorporado al anarquismo– plantea que, si la pena de muerte y la guerra han sido tradicionalmente aceptados por los gobiernos como instrumentos que contribuyen a salvar a la sociedad y a profundizar su progreso, la estrategia terrorista debe ser evaluada de la misma manera: como un medio cuya única importancia es servir a fines ponderables y contribuir a mejorar la vida del pueblo. Según el autor, en este sentido, los enemigos son de gran ayuda pues:

*“...con su violencia homicida nos demuestran que el asesinato es el instrumento principal para el progreso histórico... Ninguno de esos hombres retrocede ante la idea de destruir ciudades enteras, de arruinar el país, de asesinar a miles de hombres, de masacrar a los inocentes, de violar a las mujeres, de empalar a los niños; en fin, de reavivar la bestialidad y la barbarie de los viejos tiempos por salvar algunas coronas y ridiculizar los derechos del hombre. ¿Y nosotros? También nosotros estamos de acuerdo en afirmar que el crimen –bajo sus formas pasivas o activas– es algo inevitable; y cuando la única opción que tenemos es ser asesinados por defender la libertad, o asesinar por ella, no hay duda de cuál es el camino a seguir.”*²⁵

Indudablemente, desde esta perspectiva, la estrategia terrorista no es más que el resultado del agotamiento del pueblo y un reflejo de su desesperación.

Tomando en cuenta el análisis de Jean Baptiste Duroselle, podríamos asimilar este planteo a su concepción de *lo insoportable*, en el marco de su estudio de las fuerzas profundas.

Según el autor, la noción de lo insoportable –que nace de lo inaceptable– es bastante elástica. Depende de las épocas, los contextos históricos, los grupos sociales y, también, de sus modos de vida y de cultura. Esto hace que no pueda ser establecida en base a criterios definitivos; sin embargo –y aparentemente–, sí es posible afirmar que las acciones colectivas suelen materializarse siempre y cuando exista *si no una certeza, al menos una buena esperanza de mejorar la situación*.²⁶

²⁴ “Manifestes, discours et théorie (I)”. Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand G. y Blin, A. Op. Cit, pág. 520.

²⁵ Ibidem, pp. 514 - 515.

²⁶ Duroselle, Jean Baptiste. VIII. “El juego de las fuerzas” En: *Todo imperio perecerá*. Pp. 174-190.

Por otra parte, agrega Duroselle, *lo insoportable* parece estar ligado a todo aquello que viola la dignidad humana y que es percibido como tal. Esto nos conduce al problema de la toma de conciencia de lo insoportable y que está fundamentalmente asociado a tres circunstancias concretas: la degradación de la situación socio-económica, la evolución del sistema de normas y valores y la maduración de fenómenos y procesos políticos. En este último podríamos insertar la toma de conciencia –por parte de los terroristas– de lo insoportable: una toma de conciencia que los conduciría a evaluar sus capacidades, a buscar nuevos recursos y nuevos métodos, a exigir cambios políticos; en definitiva, a pretender modificar el mundo en el que vivían, usando la violencia como vía.

El problema de la legitimidad del terrorismo es una cuestión verdaderamente relevante dentro de los análisis y ha suscitado diversas polémicas entre actores, gobiernos, políticos, especialistas y académicos. Indudablemente, se trata de un elemento clave del cual depende, fundamentalmente, la justificación de sus acciones.

“Que sea entonces, sangre por sangre, crimen por crimen, destrucción por destrucción”.²⁷

II.2 Su implementación es legítima

El problema de la legitimidad del terrorismo es una cuestión verdaderamente relevante dentro de los análisis y ha suscitado diversas polémicas entre actores, gobiernos, políticos, especialistas y académicos. Indudablemente, se trata de un elemento clave del cual depende, fundamentalmente, la justificación de sus acciones.

“¡El veneno, la daga, el nudo corredizo y tantos otros! En esta lucha, todos los medios son santificados por la revolución. El campo está abierto. Las víctimas son eliminadas por la no disimulada indignación del pueblo. Que todos los espíritus vivos y honestos, después de siglos de decadencia, prueben su coraje para renovar la vida... Que todos los espíritus jóvenes y sanos se dediquen desde ahora a la causa sagrada de la extirpación del mal, de la purificación y de la limpieza del suelo ruso, por el fuego, por la espada y que se unan fraternalmente con aquellos que harán lo mismo a través de Europa.”²⁸

En una primera aproximación –y desde una perspectiva política– podemos definir la legitimidad como la existencia de un elevado grado de consenso y aceptación; es decir, como la reconocida capacidad de un agente para ejercer poder, exigir obediencia y obtener adhesión sin que sea necesario

²⁷ Ibidem, pág. 516.

²⁸ Ibidem, pp. 521 - 522.

—salvo en casos excepcionales— recurrir a la fuerza. Un poder legítimo entonces es un poder validado en su ejercicio porque es considerado cierto, lícito y genuino. Indudablemente, esta legitimidad no necesariamente es absoluta; por el contrario, en cualquier sistema político pueden existir grupos u organizaciones que la cuestionan y que aspiran a sustituirla por otra. Según Lucio Levi, en el caso de los movimientos y grupos opuestos al Estado —particularmente en los casos revolucionarios— el cuestionamiento afecta al orden socio-político y las acciones se instrumentan para cambiarlo por otro “*más justo o más benéfico*”.²⁹

Básicamente, esta es la postura de los grupos terroristas, los cuales fundamentan sus actividades en la necesidad de realizar cambios sociales, políticos o económicos; cambios que están fundados en las *demandas del pueblo* que no son atendidas por el poder constituido. Sin embargo, esta legitimidad puede tornarse confusa pues configura un valor auto-asignado por el grupo y negado por las fuerzas gubernamentales. Es debido a esto que las organizaciones buscan el consenso, el apoyo y el reconocimiento social; factores preponderantes para inclinar la balanza a su favor. En efecto, está claro que —para los grupos terroristas— la búsqueda y la obtención de la legitimidad es fundamental pues de ella pueden depender —en gran medida— el logro de las metas y objetivos, la capacidad operativa, las posibilidades de apoyo interno y externo, el fortalecimiento de su posición política, la adhesión de nuevos militantes y, finalmente, la propia autoestima, tan necesaria para garantizar la continuidad de las acciones.³⁰ Dicho de otro modo, la legitimidad es relevante porque opera en el grupo, no solo como un instrumento valioso para el reconocimiento externo, sino también como un mecanismo que refuerza la auto-convicción y potencia las posibilidades de éxito.³¹

Ahora bien: en general, los terroristas han fundado su legitimidad en una virtud cardinal: la justicia.

“La lucha terrorista busca la justicia. Es la lucha de la desesperación y del propio sacrificio; la lucha del heroísmo contra la opresión, del saber y la educación contra las bayonetas y los patíbulos. En el presente, esa lucha ya no evoca la desesperación y el sacrificio; ella habla del amor a la libertad que

²⁹ Levi, Lucio. “Legitimidad”. En: Bobbio, Norberto y otros. *Diccionario de Política*. Siglo XXI, México, 1982. Pp. 862-866.

³⁰ Al respecto, Wardlaw sostiene que, efectivamente, los terroristas luchan por la legitimidad y esta lucha es, a la vez, un intento para justificar sus actividades ante sí mismos, y una metodología para convencer al público de su validez; en este sentido, la motivación de la legitimación es más psicológica que política. Wardlaw, G. Op. Cit., pág. 41.

³¹ Existen muchos escritos de los terroristas cuya función es levantar la moral de los activistas. Siendo la meta primordial la destrucción del enemigo, la literatura también constituye un arma importante en la “lucha sagrada”. En Rusia existe una larga tradición de canciones de protesta que se hicieron muy populares y que incluían críticas e ironías sobre algunos funcionarios del régimen, y elegías a camaradas muertos. Cf. Laqueur, W. Op. Cit. Pp. 234-236.

*puede hacer de un hombre un héroe que da al pueblo la fuerza gigantesca para cumplir proezas sobrehumanas.*³²

Para los terroristas de todos los signos y los tiempos, dice Alonso Fernández, la acción de matar nunca ha sido un pecado ni un crimen ni un delito, sino una “*manifestación de justicia y una consecuencia de la injusticia*”. Así, estas organizaciones han construido una suerte de ética específica; una ética que se sustenta en la transferencia de responsabilidades. A través de ella, intentan persuadir a la opinión pública –y a sí mismos– de la imposibilidad de modificar su conducta, del orgullo que les provoca su accionar, de la firmeza de sus convicciones y de su voluntad para perseverar en el camino trazado. Un cúmulo de sensaciones que no hace más que reforzar el tono terrorífico de su imagen y fortalecer, un grado más, la rigidez de su estrategia. Lo asombroso, continúa el autor, es que estos activistas llegan a auto-identificarse como víctimas inocentes de la realidad y a definirse como defensores de una *equidad poética*. Se repite, así, la dialéctica propia del terrorista: primero justifica el terror y después lo glorifica; auto-justificación y auto-glorificación que ponen de manifiesto el inequívoco signo de su personalidad narcisista.³³

Según los especialistas, esta necesidad de auto-legitimación se fundamenta en dos problemas inherentes a la propia esencia del terrorismo: en primer término –y sobre todo si adoptan tácticas de violencia indiscriminada–, los ataques golpean a una población que no siempre alcanza a comprender el “mensaje” de la organización. Peor aún, con frecuencia es la propia población a la que se dice representar, el blanco de sus atentados y la principal víctima de la propagación del terror.

En segundo lugar, los movimientos suelen ser pequeños, sus recursos escasos y su base de participación, nítidamente minoritaria; lo cual pone en tela de juicio sus pretensiones representativas. Con respecto a esta cuestión, varios autores han identificado al terrorismo como “*el arma de los débiles*”, por lo cual nos ha parecido interesante vincularlo con el principio de la *distancia de poder*, que ha servido como marco explicativo –dentro del campo de las Relaciones Internacionales– para analizar mecanismos y comportamientos en diversos conflictos. Este principio alude a las profundas asimetrías existentes entre dos adversarios que luchan en un enfrentamiento armado.

Según esta hipótesis, si dos actores en conflicto manifiestan entre sí una notable *distancia de poder*, se hace necesario para el más débil, disminuirla, a fin de enfrentar a su adversario con un mínimo de posibilidades de éxito.³⁴

³² “Manifestes, discours et théorie (I)”. Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand G. y Blin, A. Op. Cit., pág. 528.

³³ Cf. por Alonso Fernández, F. Op. Cit. Capítulo 7: “El terrorismo insurgente”. Pp. 267-310.

³⁴ En este caso, la alusión al poder no se restringe al ámbito militar sino que toma también en consideración las fortalezas políticas, económicas, culturales e incluso volitivas de las distintas comunidades en pugna. Cf. Dougherty, James E. y Pfaltzgraff, Robert L. *Teorías en pugna de las Relaciones Internacionales*. GEL, Buenos Aires, 1993. pág. 358.

De este modo y según los expertos, el terrorismo configuraría una vía para reducir esta distancia, permitiendo a grupos débiles fortalecer su posición frente a su enemigo. Creemos que esta argumentación explicaría, parcialmente, la elusión del enfrentamiento armado convencional, la cual sería reemplazada por otra estrategia –la terrorista– fundada sobre un planteo diferente de la agresión violenta.

“La lucha terrorista –que golpea el punto más débil del sistema en vigencia– será, tarde o temprano, manifiestamente aceptada por todos. Y llegará un día en que las tentativas no coordinadas actuales se unirán en un largo itinerario que ningún despotismo o fuerza bruta podrán resistir. La idea de la lucha terrorista no morirá, a pesar de lo poco clara que es hoy para el pueblo, porque cada acto de violencia dará origen a nuevos vengadores y cada tirano creará –él mismo– sus Soloviev; sus Nobiling. Así será fácil para los revolucionarios terroristas, una vez que hayan vencido, redirigir sus esfuerzos a la preparación de una revolución social para toda la nación. El futuro mostrará si los terroristas contemporáneos triunfaron en su tarea. El triunfo de la causa mostrará entonces a todos sus oponentes que el movimiento terrorista ha sabido tomar la medida de la realidad actual que coloca a esta forma de lucha en un primerísimo primer plano.”³⁵

En definitiva: el terrorismo cree y dice ser legítimo y necesario para cambiar un determinado estado de cosas; esta profunda convicción de sus autores no hace sino dificultar los medios para erradicarlo, controlarlo o neutralizarlo.

II.3 El terrorismo es eficaz

“El ataque es la mejor forma de defensa. Ya que pensamos que la acción es útil, debemos estar preparados para aceptar todas las consecuencias que ella acarrea.”³⁶

Como ya se ha mencionado, la estrategia terrorista es –por su propia naturaleza– el resultado de la debilidad intrínseca de sus organizaciones, las cuales han debido buscar la forma de compensar sus limitaciones frente a las fortalezas de sus adversarios.

La eficacia de esta estrategia se funda en una premisa clave: elude el

La eficacia de esta estrategia se funda en una premisa clave: elude el enfrentamiento directo, desencadenando ataques imprevisibles sobre víctimas indefensas y desprevenidas. Esta es la lógica terrorista; una lógica que nutre su dinámica operativa.

³⁵ “Manifestes, discours et théorie (I)”. Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand G. y Blin, A. Op. Cit. Pp. 528-530.

³⁶ Johan Most. Ibidem, pág. 534.

enfrentamiento directo, desencadenando ataques imprevisibles sobre víctimas indefensas y desprevenidas. Esta es la lógica terrorista; una lógica que nutre su dinámica operativa.

“Durante mucho tiempo, la superioridad de los enemigos en organización, entrenamiento, número y medios de destrucción fue tan fuerte que es ridículo afirmar que dicha superioridad puede ser contrabalanceada por el espíritu del combatiente de la libertad y la justicia de la causa. Hoy, las circunstancias han cambiado. Debemos ser más pragmáticos, más decididos, más enérgicos y más imprudentes. Ese «espíritu de la libertad» debe habituarse a las dagas y al veneno... El objetivo de nuestro estudio debe ser hoy la eliminación de la superioridad del partido de los bárbaros, inventando nuevos métodos de asesinato que nos permitan anular la ventaja numérica de las masas organizadas por el atajo de instrumentos de destrucción que puedan ser manejados por unos cuantos hombres y que maten al mayor número de las personas que han sido tomadas como blanco.”³⁷

Según Ian Schreiber, la lógica del terrorismo es sencilla, configura un proceso y puede representarse a través de un diagrama que la define como una relación de comunicación. Este diagrama es un triángulo: 1) el terrorista es el sujeto; 2) el gobierno es el enemigo y 3) la víctima es el medio. El ataque violento, llevado a cabo por el sujeto contra su enemigo, se realiza siempre a través del medio. Por ello, las víctimas del terrorismo no son su objetivo definitivo, sino solo sus intermediarios; son instrumentos para obtener poder y comunicar un mensaje a la sociedad y al gobierno. Cuando todos los componentes de esta relación están presentes –autores, víctima, autoridad, acto de comunicación– se ha concretado la lógica terrorista.

En definitiva, la lógica terrorista sustituye la potencia por el ataque sorpresivo desde un sitio inesperado y contra un punto vulnerable y está diseñada para optimizar el rendimiento de una pequeña fuerza. El ataque terrorista crea la *ilusión de la ubicuidad*: la amenaza de violencia está en todas partes y puede materializarse en cualquier momento. Justamente, uno de los rasgos que distingue al terrorismo de otras formas de violencia política es su naturaleza imprevista y el impacto que ésta genera. Podría decirse, incluso, que es la sorpresa de sus ataques lo que incrementa su capacidad amedrentadora, más que el efecto físico real de sus incidentes. Efectivamente, la imprevisibilidad generaliza el miedo colectivo entre la población, imposibilita para resguardarse del peligro. Estas apreciaciones requieren de una sólida comprensión de la *“psicología del miedo”*, que es consciente y hábilmente manejada por los terroristas.

“El primer problema es saber si es posible crear instrumentos que puedan ser fabricados sin ser vistos, ser transportados sin llamar la atención, ser

³⁷ Karl Heinzen, *Ibidem*. Pp. 516 - 517.

manipulados sin grandes esfuerzos y que sean tan eficaces como los grandes cañones. Necesitamos instrumentos de destrucción que no serán de ninguna utilidad a las masas bárbaras pero que darán a estos pocos individuos un poder terrorífico, el poder de amenazar la seguridad de miles de bárbaros...

Nuestra capacidad de invención debe tender a la concentración, a la preparación de sustancias cuyo potencial de destrucción haya sido avalado por la física y la química y que resuelva el problema de su utilización, minimizando su costo, haciéndolo fácilmente transportable y reduciendo el esfuerzo de su producción... No estoy seguro de que estos problemas sean insolubles; el hombre tiene una enorme capacidad creativa y un gran potencial para inventar lo que necesita.

*Sin embargo, y simultáneamente a estas nuevas invenciones, tenemos la necesidad de mostrarnos firmemente decididos; una firme resolución que nos permita prepararnos a enfrentar al sistema bárbaro de violencia y de crimen con todos los medios con los que podamos destruirlo.*³⁸

Como sostiene Tarnovski, como todo lo que es nuevo y carece de precedentes, la revolución terrorista perturba a la sociedad; sin embargo, y con el tiempo, la mayoría comprenderá su verdadera utilidad y se dará cuenta de que esa cólera, dirigida contra el déspota, es eficaz. Así, el terrorismo terminará por inspirar las simpatías del pueblo.

En definitiva: desde la perspectiva de los activistas, el terrorismo es un método eficaz por tres razones fundamentales:

a) Porque configura una nueva forma de lucha; o, mejor aún: una *nueva y terrible arma* que ni los cañones, ni los soldados pueden detener. Un arma mediante la cual la organización ha podido compensar sus profundas falencias intrínsecas.

b) Porque todo lo que necesita para triunfar es un reducido número de hombres y ciertos medios materiales; así —con recursos insignificantes— puede aspirar a *destruir a las tiranías más fuertes del mundo*.

c) Porque su accionar provoca la represión gubernamental desmedida y estimula el incremento de la violencia; factores que contribuyen a demostrar la legitimidad de sus reclamos.

Desde la perspectiva de los activistas, el terrorismo es un método eficaz por tres razones fundamentales:

- a) Porque configura una nueva forma de lucha;***
b) Porque todo lo que necesita para triunfar es un reducido número de hombres y ciertos medios materiales;
c) Porque su accionar provoca la represión gubernamental desmedida y estimula el incremento de la violencia; factores que contribuyen a demostrar la legitimidad de sus reclamos.

³⁸ Karl Heinzen. "Manifestes, discours et théorie (I)". Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud. Op. Cit. Pp. 517 - 518.

“El asesinato secreto se ha convertido en un arma terrible en nuestras manos pues, a pesar de todas las medidas policiales, será posible dinamitar las vías férreas del tren del zar e incluso... penetrar en su palacio.

Todo lo que necesita esta lucha terrorista es un pequeño número de hombres y algunos medios materiales. Es por ello que es realmente una nueva forma de lucha que reemplaza, mediante una serie de asesinatos que tocan siempre su blanco, a los grandes movimientos revolucionarios.

Esta es la razón por la cual la revolución terrorista es la forma más cómoda de revolución ya que, usando fuerzas insignificantes, tiene la oportunidad de golpear a una tiranía, que parecía invencible hasta ahora”.³⁹

II.4 Su principal virtud radica en su capacidad para instilar y propagar el miedo

En efecto, el terrorismo genera el miedo, perturba la existencia y conmueve los cimientos del poder de los enemigos.

Según Gordon Allport, el miedo es una actitud racional y adaptativa beneficiosa para el individuo pues le permite identificar una fuente de peligro y reaccionar para ponerse a salvo. Sin embargo, si esta fuente no es claramente percibida o no existen posibilidades de resguardarse de ella, el miedo puede intensificarse convirtiéndose en pánico o en terror, dos emociones que superan las posibilidades de auto-control del sujeto y se transforman en agentes que se vuelven en su contra. Efectivamente, el pánico y el terror son emociones que desorganizan la personalidad, generan una pérdida de lucidez de la conciencia, imponen pautas de conducta, infantiles y primitivas –tales como la inmovilidad o la entrega– y desencadenan reacciones casi instintivas de huida o de defensa agresiva, caracterizadas por el descontrol y la ineficacia. Estos desórdenes pueden ser momentáneos pero, si se hacen crónicos, pueden devenir en ansiedad.⁴⁰ De hecho, el temor, el miedo, el terror y el pánico pueden ser tipificados como *estados tíméricos* que se identifican con *sentimientos de objeto*, en la medida en que están motivados por un factor exterior real.⁴¹

En esto coincide Alonso Fernández, para quien el terror es una emoción –es decir, una brusca conmoción o ruptura del equilibrio psicofísico, impuesta por el influjo de un acontecimiento traumático– asociada, normalmente, al ejercicio de la violencia y a la percepción del sufrimiento.

³⁹ Ibidem. Pp. 526- 527.

⁴⁰ Allport, Gordon. *La naturaleza del prejuicio*. Eudeba, Buenos Aires, Pp. 394-395.

⁴¹ Por su parte, la angustia y la ansiedad constituyen *sentimientos tíméricos* de sujeto cuya característica primordial es que son humores sin contenido identificable y están exclusivamente polarizados en el individuo. Cf. Alonso Fernández, Francisco. *Psicología del Terrorismo*. Salvat, Barcelona, 1994. pág. 110.

⁴² Karl Heinzen. “Manifestes, discours et théorie (I)”. Quatrième partie. Les écrits de la terreur. En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud. Op. Cit. Pp. 517 - 518.

*“La tarea de los revolucionarios es crear una situación ante la cual los bárbaros teman por sus vidas a cada instante del día y de la noche. Para ellos, como para nosotros, que el miedo sea el heraldo y la muerte, su verdugo. ¿El crimen es su divisa? Que el crimen sea su respuesta. ¿El crimen es su necesidad? Que la muerte sea su merecido. ¿El crimen es su argumento? Que el crimen se convierta en su refutación. El partido de los bárbaros europeos no nos ha dejado otra elección que el de consagrarnos al estudio del crimen y al refinamiento del arte de matar en su punto culminante.”*⁴²

En este contexto y desde la perspectiva de Sergei Nechaiev, el cambio más significativo de su época es que *el miedo ha cambiado de bando*: antes era el pueblo el que lo sentía y ahora es el sistema el que *tiembla frente a estos terroristas, que desconocen el espanto*. En efecto:

“El grupo revolucionario no tiene miedo de las bayonetas y del ejército del gobierno porque...esa fuerza solo es temible contra los enemigos declarados; contra los enemigos secretos es totalmente inútil... No tengan miedo del zar, no teman a los déspotas porque ellos son débiles e impotentes ante asesinatos tan repentinos como secretos. Este es el mensaje que la lucha transmite a la Humanidad”.⁴³

Ahora bien: es necesario aclarar que la generación de terror y de inseguridad no son las metas últimas de la estrategia. Por el contrario, la inducción del miedo solo se lleva a cabo para someter a la sociedad —o a gran parte de ella— a la *dominación timérica*. Una dominación a través de la cual podrán alcanzar sus demandas políticas. Así, el terror debe ser considerado como un *recurso inductor* que apunta a un fin ulterior, el cual puede ser —a su vez— disuasivo o coactivo.

“El terrorismo instila el miedo en el corazón de los opresores y da una esperanza de revancha a las masas oprimidas. Da confianza y coraje a los indecisos, elimina la maldición de la raza sometida a los ojos del mundo porque él es la prueba más convincente del hambre de libertad de una nación”.⁴⁴

Dentro de la estrategia terrorista la violencia cumple una doble función: destructiva y simbólica. En esta última se perciben dos dimensiones bien definidas: una endógena y otra exógena. La primera se refiere a su importancia como estímulo para reforzar las creencias y los valores que sustentan los propios terroristas y que comparten con los grupos sociales que los apoyan. En otras palabras, la difusión de “actos exitosos” tiende a potenciar la seguridad —emocional y racional—, a incrementar la autoestima colectiva y a persuadir a los indiferentes de la eficacia del método.

⁴³ Nicolas Morozov. Ibidem. pág. 518.

⁴⁴ Bhagwat Charan. Ibidem. pág. 544.

II.5 Sus efectos más importantes son de índole propagandística

*“Todo el mundo sabe hoy –por experiencia– que si el disparo o la explosión golpean con precisión, que si el atentado es ejecutado perfectamente, sus efectos propagandísticos serán mucho más grandes que el atentado en sí mismo. Las condiciones requeridas para el éxito se sintetizan en su preparación metódica, la confusión del enemigo y la eliminación de todos los obstáculos que existen entre el que está encargado del acto y su enemigo”.*⁴⁵

Dentro de la estrategia terrorista la violencia cumple una doble función: *destructiva* y *simbólica*. En esta última se perciben dos dimensiones bien definidas: una endógena y otra exógena. La primera se refiere a su importancia como estímulo para reforzar las creencias y los valores que sustentan los propios terroristas y que comparten con los grupos sociales que los apoyan. En otras palabras, la difusión de “actos exitosos” tiende a potenciar la seguridad –emocional y racional–, a incrementar la autoestima colectiva y a persuadir a los indiferentes de la eficacia del método.

La segunda está vinculada al poderoso efecto propagandístico que suscitan sus acciones en el contexto social en el que se producen. Como sostiene Walter Laqueur, los atentados se llevan a cabo sobre determinados *blancos*, pero la táctica terrorista no termina allí; por el contrario, este es solo su inicio. En efecto, para lograr su cometido, el terrorismo requiere, imperiosamente, una audiencia sobre la cual proyectar el efecto de su violencia.

“Hemos dicho cientos de veces que hasta que los revolucionarios pasen a la acción, sus actos solo importan por la resonancia que puedan tener. Nosotros predicamos entonces, no solamente la acción –por ella misma– sino la acción en tanto elemento de propaganda.

*Nuestra pregunta es la siguiente: ¿cuál es el objeto de las amenazas anarquistas –ojo por ojo, diente por diente– si no son seguidas por efectos concretos que puedan ser conocidos por la sociedad?”*⁴⁶

“Para alcanzar el mayor éxito posible, inmediatamente después del atentado y particularmente en la ciudad donde éste se produjo, deberán pegarse afiches para explicar las razones de ese acto de manera de obtener el mayor beneficio posible. Es así que el rol natural de la prensa anarquista es glorificar y explicar esos actos en la primera ocasión. Adoptar una actitud indiferente ante estas acciones sería formar parte de una traición absolutamente estúpida. Esta tribu miserable sabe bien que ninguna acción realizada por los anarquistas puede tener resonancia si los órganos que tienen la responsabi-

⁴⁵ Joahn Most. Ibidem, pág. 534.

⁴⁶ Ibidem, pág. 537.

lidad de hacerlo no se hacen eco, adecuadamente, del hecho y no lo llevan a conocimiento de la población.⁴⁷

En definitiva –y para la mayoría de los autores– el acto terrorista por sí solo no es prácticamente nada; la publicidad lo es todo, y el verdadero riesgo que corren los terroristas es la indiferencia, el desinterés, la falta de publicidad y la pérdida de su imagen de luchadores por la libertad o de salvadores de una clase o de una sociedad íntegra.⁴⁸ Para evitarlo intentan generalizar la angustia y el terror, atacando objetivos de alto valor simbólico. Así pretenden demostrar, simultáneamente, su propia fuerza y la debilidad de las autoridades y del sistema.

Y es que, desde cierto punto de vista, propaganda y terrorismo pueden asemejarse; ambos buscan influir en una audiencia masiva a fin de beneficiar a sus patrocinadores. Como ya lo proclamaban los anarquistas del siglo XIX, el terrorismo es: *propaganda por la acción*. Como sostiene Richard Clutterbuck: la televisión ha hecho que el antiguo proverbio chino: “*matas a uno y aterrorizas a mil*”, pueda modificarse como: “*matas a uno y aterrorizas a un millón*”.⁴⁹

A modo de Conclusión

En 1877, Pierre Kropotkin proclamaba las virtudes de un nuevo método de lucha contra *la opresión y el poder*. Se trataba de la *propaganda por la acción*; un poderoso instrumento para despertar la conciencia popular y debilitar a los enemigos del pueblo. A partir de entonces, diversas reuniones y congresos –especialmente el de Londres en 1881– sirvieron para intercambiar opiniones, para pulir la estrategia y para perfeccionar sus tácticas. Asimismo, a través de una serie de declaraciones y escritos, los activistas difundieron sus ideas, transmitieron sus técnicas y compartieron sus experiencias. Así –lenta pero sistemáticamente– la *filosofía de la bomba* expandió sus horizontes y adquirió una envergadura verdaderamente insospechada.

Indudablemente, las condiciones de la acción terrorista se modificaron a lo largo del tiempo y se adaptaron al contexto político, social, económico y –sobre todo– tecnológico de cada etapa histórica. Sin embargo, sus principios básicos –aquellos preceptos que articularon su filosofía– se mantuvieron incólumes. En otras palabras, las transformaciones operadas en la estrategia –ya sean éstas de tipo cualitativo o cuantitativo– no modificaron, sustancialmente, su esencia y su naturaleza, la cual mantiene hasta hoy sus caracteres originarios.

⁴⁷ Ibidem, pág. 538.

⁴⁸ En este sentido, Walter Laqueur sostiene que, cuanto más pequeño es el grupo, más publicidad necesita, lo cual ha afectado directamente la elección de sus objetivos. Buscan el apoyo de la población y en esto la propaganda es su único canal de comunicación con el público. Laqueur, W. Op. Cit., pág. 305.

⁴⁹ Clutterbuck, Richard. *Guerrilleros y Terroristas*. FCE, México, 1981, pág. 27.

Desde entonces, tanto en Rusia como en la Europa del Este, los grupos anarquistas y socialistas gestaron la estrategia terrorista; una estrategia tan terrible como novedosa que, fundada en el principio del tiranicidio, sorprendió a sus contemporáneos. En efecto, según los especialistas, fue en la Rusia de los zares donde esta forma de violencia política alcanzó su cenit, convirtiéndose en un hecho *ideológico, político y ético*. Un hecho que dejó de ser algo aislado e individual y se consolidó como el producto de un trabajo en equipo; como la consecuencia de una toma de decisión largamente planificada. El *Catecismo Revolucionario* de Serguei Nechaiev sintetiza las virtudes del activista y explica cómo y por qué el terrorismo es la llave que debe abrir el camino a la revolución. El terrorista ruso de 1880 no está solo; es un miembro de una organización que lo incluye en sus operaciones clandestinas, que han sido cuidadosamente planeadas y responden a objetivos políticos establecidos por los líderes y compartidos por el resto. En poco tiempo, esta estrategia se consolida y expande su radio de acción. Hacia fines de siglo llega a Italia, a Alemania, a Francia y a España (específicamente en Andalucía y Cataluña) y, un poco más tarde, a los Estados Unidos, de la mano de Johan Most.

¿Cuáles fueron los impulsores más importantes para la gestación de esta especial forma de violencia política? En principio, su despliegue se fundó en una serie de necesidades y razones compartidas por los grupos; se respaldó en el estudio y la perseverancia y fue estimulada por sus resultados materiales y –sobre todo– simbólicos. Sostenidos por esta *filosofía de la bomba*, las organizaciones crecieron, aprendieron y se perfeccionaron. Incorporaron tecnología, incrementaron la disciplina interna y aprovecharon las ventajas de la clandestinidad. Como se ha analizado: para sus actores, el terrorismo se presenta como una respuesta; una repuesta legítima y eficaz cuya principal virtud radica en su capacidad para instilar y propagar el miedo y cuyos efectos más importantes son de índole propagandística. Así, el terrorismo subversivo se configuró como un modelo de acción cuyos principios teóricos buscaban alcanzar las metas políticas legitimando sus actos, fortaleciendo la determinación de sus autores y potenciando su eficacia.

Indudablemente, las condiciones de la acción terrorista se modificaron a lo largo del tiempo y se adaptaron al contexto político, social, económico y –sobre todo– tecnológico de cada etapa histórica. Sin embargo, sus principios básicos –aquellos preceptos que articularon su filosofía– se mantuvieron incólumes. En otras palabras, las transformaciones operadas en la estrategia –ya sean éstas de tipo cualitativo o cuantitativo– no modificaron, sustancialmente, su esencia y su naturaleza, la cual mantiene hasta hoy sus caracteres originarios.



Bibliografía

- Allport, Gordon.** *La naturaleza del prejuicio*. Eudeba, Buenos Aires, 1986.
- Brezezinski, Zbigniew.** *Le grand échiquier*. Hachette, Paris, 1997.
- Calduch Cervera, Rafael.** *Dinámica de la Sociedad Internacional*. Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 1993. Pág. 327.
- Chaliand, Gérard y Blin, Arnaud.** *Histoire du Terrorisme. De l'Antiquité à Al Qaida*. Bayard, Paris, 2004.
- Chaliand, Gérard y Blin, Arnaud.** "L'invention de la terreur moderne". En Chaliand, Gérard y Blin, Arnaud. *Histoire du Terrorisme*. Op. Cit. Pp. 105 - 124.
- Chautard, Sophie.** *Géopolitique du XXeme. Siècle et du nouvel ordre mondial*. Studygrama, Paris, 2005.
- Duroselle, Jean Baptiste.** *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*. Labor, Barcelona, 1971.
- Duroselle, Jean Baptiste.** "El juego de las fuerzas". En: *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*. FCE. México, 1992.
- Géré, François.** *Pourquoi le Terrorisme?* Larousse, Paris, 2006.
- Giner, Salvador.** *Historia del pensamiento social*. Ariel, Barcelona, 1997.
- Hasbi, Aziz.** *Théories des Relations Internationales*. L'Harmattan, Paris, 2004.
- Hubac Occhipinti, Olivier.** "Les terroristes anarchistes du XIX siècle". En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud. *Histoire du Terrorisme*. Op. Cit. Pp. 125 - 144.
- Laquear, Walter.** *Una historia del terrorismo*. Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Rubenstein, Richard.** *Alquimistas de la Revolución. El Terrorismo en el mundo moderno*. Granica, Barcelona, 1988.
- Schreiber, Jan.** *La última arma. Terrorismo y orden mundial*. Trazo Editorial. Zaragoza, 1980.
- Ternon, Yves.** "Le terrorisme russe: 1878 - 1908". En: Chaliand Gérard y Blin, Arnaud. *Histoire du Terrorisme*. Op. Cit. Pp. 145 - 187.
- Townshend, Charles.** "El proceso del terror en política irlandesa". En: O'Sullivan, Noel. *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza, Madrid, 1986.
- Wieviorka, Michel.** *El terrorismo. La violencia política en el mundo*. Plaza y Janés. Barcelona, 1991.
- Wilkinson, Paul.** *Terrorismo político*. Felmar, Madrid, 1976.